

II

EL MARCO GEOGRAFICO DE LAS ESTELAS DEL SUROESTE

EL SUROESTE EN EL MARCO PENINSULAR

La Península Ibérica: configuración y posición

«Una tierra seca, estéril y pobre: el 10 por ciento de su suelo no es más que un páramo rocoso; un 35 por ciento, pobre e improductivo; un 45 por ciento, medianamente fértil; sólo el 10 por ciento francamente rico. Una península separada del continente europeo por la barrera montañosa de los Pirineos, aislada y remota. Un país dividido en su interior mismo, partido por una elevada meseta central que se extiende desde los Pirineos hasta la costa meridional. Ningún centro natural, ninguna ruta fácil. Dividida, diversa, un complejo de razas, lenguas y civilizaciones distintas: eso era, y es, España.» (Elliot, 1986:7).

La Península Ibérica de esta poética visión, la piel de toro descrita por Estrabón, constituye uno de los territorios más complejos, geográfica y humanamente, del continente europeo. Una tierra de altitud media muy elevada, sólo superada por un país alpino como es Suiza, y articulada mediante sucesivos cinturones montañosos que dificultan las comunicaciones, las relaciones e incluso implican fuertes contrastes climáticos, paisajísticos y de aprovechamiento humano entre las diferentes regiones (Terán, 1952; Vilá, 1983).

Por otra parte la Península Ibérica como conjunto y en particular el Suroeste constituyen el punto de enlace entre el Atlántico y el Mediterráneo, lo que ha demostrado su importancia a lo largo de la Historia, baste citar el tema aún candente de Gibraltar. Esta función de puente entre dos áreas muy diferentes y que durante el Bronce Final aparecen constituyendo dos redes comerciales contrastadas, está en la raíz de muchos de los fenómenos que podemos apreciar en la evolución del Suroeste en el último milenio a. C. Esta dualidad no es únicamente de índole cultural, sino que la propia configuración del territorio la avala: clima, vegetación, tipos de aprovechamiento, participan también en ese solapamiento de influjos atlánticos y mediterráneos.

La personalidad geográfica del Suroeste

A partir de esta visión general, y fijándonos ya en las diferentes regiones de la Península podemos calibrar mejor la relativa unidad geográfica que podemos entender como el «Suroeste». Son diversos los autores que han puesto de manifiesto esa singularidad, que proviene de ser la región de menor altitud media de la Península y con muy escasos obstáculos montañosos que salvar en su interior (Júdice, 1988: 16; Oliveira, 1983: 13 y ss.). Como veremos ello es cierto sólo en parte, si bien la posibilidad de moverse con relativa libertad por todo el área está en el origen de buena parte de los fenómenos que aquí nos proponemos estudiar.

Vamos a definir aquí el Suroeste a partir de unos parámetros geográficos clásicos, pero también en parte influenciados por el objeto de estudio —las estelas— puesto que ellas son nuestro hilo conductor. Así lo limitaremos al Norte por la divisoria de aguas entre el Duero y el Tajo, es decir, por el Sistema Central y su prolongación hacia Portugal, la Sierra de Estrella; al Oeste y al Sur por el Océano Atlántico y al Este más imprecisamente por la transición a las llanuras manchegas y las Sierras de Andalucía Oriental que cierran el Valle del Guadalquivir. Las principales unidades internas que hemos de considerar como constitutivas de ese espacio son las cuencas de los ríos Tajo, Guadiana y Guadalquivir en sus tramos medio y bajo, junto con sus divisorias de aguas, los montes de Toledo y Sierra Morena, y finalmente la planicie litoral del Sur de Portugal (fig. 2).

El Suroeste presenta así cierta unidad interna respecto al resto de la Península, como área ampliamente abierta a occidente. Con todo la penetración no es tan fácil como a primera vista pudiera parecer sobre el mapa. Los desplazamientos rápidos, para los que en la antigüedad eran fundamentales los cursos fluviales, están muy limitados. Los grandes ríos de la fachada atlántica peninsular presentan a este respecto características propias en cada caso. Tajo y Guadiana sólo han sido navegables en tramos relativamente cortos de sus recorridos y sólo el Guadalquivir permite una fácil vía de acceso hasta el interior del Suroeste. Tampoco abundan en sus costas los buenos puertos, a pesar de las precauciones

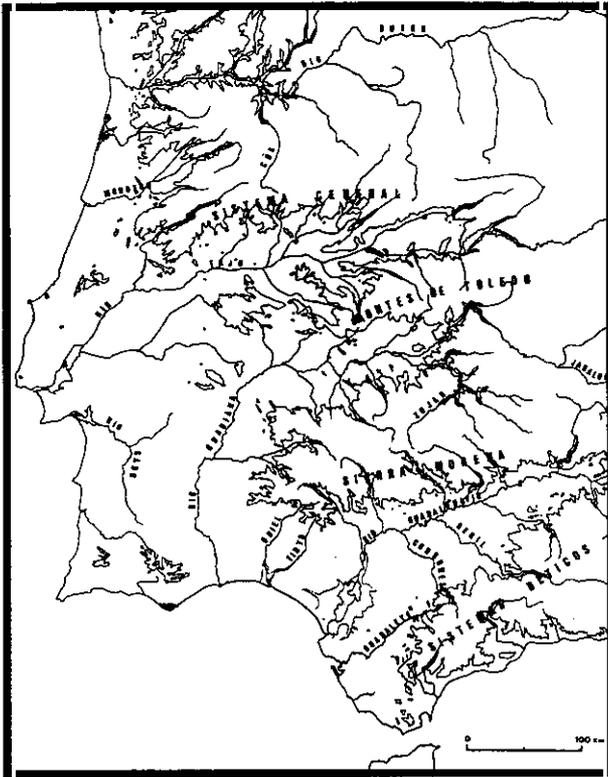


Fig. 2.—El Suroeste en el marco de la Península Ibérica: Red fluvial y sistemas montañosos.

que haya que tomar respecto a este punto, dados los profundos cambios sufridos por la línea de costa en los últimos milenios. En relación a los caminos terrestres la planicie portuguesa no presenta obstáculos importantes, pero hacia España comienza la elevación paulatina de la Meseta, si bien aquí menos escarpada que en otras áreas peninsulares, y las dificultades orográficas que la cierran por todos sus márgenes. Por tierra el valle del Guadiana es un camino también relativamente fácil, pero el Tajo, encajado en su lecho, sólo permite el movimiento a lo largo de la penillanura que lo circunda, siendo difícil su cruce salvo en puntos muy determinados de su recorrido (Hernández, 1967: 76-84; Galán y Martín, 1991-92).

Por otra parte la configuración del relieve, que favorece claramente los desplazamientos en sentido Este-Oeste, permite también los itinerarios Norte-Sur, si bien con numerosos obstáculos derivados de la dirección dominante de los cursos fluviales y sistemas montañosos. Estos condicionantes estructurales son aún patentes en el trazado de las redes viarias, como por ejemplo la famosa Vía de la Plata, el gran eje del Occidente peninsular, cuyo recorrido está condicionado por el aprovechamiento, de una serie de pasos que le permiten atravesar sucesivamente el Sistema Central, el Tajo, las estribaciones occidentales de los Montes de Toledo, el Guadiana y finalmente Sierra Morena. Con todo hay que decir que no se trata de graves obstáculos, salvo quizás algunos puertos del Sistema Central, pero sí lo suficientemente marcados como para proporcionar puntos de control de la red viaria en su conjunto.

A nivel general, el Suroeste tiene espectaculares recursos propios, pero como veremos también grandes carencias estructurales. A la existencia de riquezas mineras, en cobre y plata, y en menor medida en estaño y oro une buenas tierras para pastos, y por tanto para el desarrollo de una pujante ganadería. La otra cara de la moneda es la pobreza general de esa tierra para un aprovechamiento agrícola intensivo y el déficit hídrico.

EL MEDIO Y EL HOMBRE: GEOGRAFÍA Y PAISAJE

El paisaje y sus elementos constitutivos

Geología y recursos mineros

Geológicamente gran parte del Suroeste se corresponde con el viejo macizo herciniano, arrasado por la erosión y posteriormente vasculado hacia el Oeste. Precisamente el cierre por el norte (Sistema Central) y las cordilleras que cierran el Valle del Guadalquivir (Sistemas Béticos) constituyen los relieves más jóvenes y acusados de la región. Litológicamente este hecho se manifiesta en el predominio de esquistos y pizarras junto a cuarcitas, que por su mayor dureza conforman relieves residuales en forma de serretas alineadas o paralelas. También son frecuentes en este contexto las intrusiones graníticas, que alcanzan en esta zona de la Península su máximo desarrollo.

El Valle del Guadalquivir y la depresión del Sado-Tajo son las zonas que se separan del modelo general, al ser áreas de sedimentación fundamentalmente terciaria, es decir, de litología básicamente caliza, y en menor medida cuaternaria, sobre todo en sus desembocaduras, que son las zonas que más alteraciones han sufrido en tiempos recientes. También parte de la cuenca central del Guadiana está rellena de materiales terciarios, la denominada Tierra de Barros (Rodríguez, 1986) lo que la hace contrastar en aprovechamiento con la región que la circunda.

Un aspecto destacado es la existencia en este marco geológico de una gran riqueza en minerales metálicos [IGME (Au, Cu, Sn, AG), 1972; Minería, 1987; Almagro Gorbea, 1977: 6-10]. Las mineralizaciones de cobre de la zona onubense son bien conocidas y las únicas con un estudio arqueológico amplio (Blanco y Rothemberg, 1981; Ruiz y Pérez, 1987; Ruiz Mata, 1989). Pero también podemos apreciar la existencia de plata, estaño y oro con desigual distribución.

En efecto el Suroeste ofrece zonas contrastadas para la aparición de estas mineralizaciones. El *cobre*, además de en la zona onubense, es especialmente abundante a lo largo de Sierra Morena y Algarve portugués, mientras hacia el Norte aparece esporádicamente en Extremadura [IGME (Cu), 1972].

El *estaño*, por el contrario, tiene su foco principal en el Noroeste peninsular, y en el Suroeste se concentra en el Sistema Central (Sierra de Gata Occidental) y Alta Extremadura, en torno a los batolitos graníticos y en aluviones en terrenos cuaternarios, mientras que sólo aparece esporádicamente en la vertiente Norte de Sierra

Morena y es inexistente al Sur de la misma y en Huelva [IGME (Sn), 1972]. Es de reseñar sin embargo que el potencial productor del Suroeste es alto, pues en 1969 la producción cacereña suponía el 19 por 100 del total nacional, casi tanto como el foco zamorano-salmantino lindante al Norte (21,6 por 100) y sólo claramente distanciado del Noroeste (55 por 100) (*Ibidem*).

La plata aparece asociada a las mineralizaciones de cobre y plomo predominantes como hemos dicho en Huelva-Sierra Morena. El oro, cuyo foco principal se sitúa también en el Noroeste (Hérail, 1984), es frecuente en la región suroccidental en la Alta Extremadura en forma principalmente de placeres auríferos, conocidos y explotados desde la Antigüedad. A este respecto no sólo el Tajo, sino gran parte de sus afluentes por el Norte en su tramo extremeño y parte del portugués, tienen reputación merecida como ríos auríferos en los que aún hoy se practica ocasionalmente el bateo artesanal (Sánchez-Palencia y Pérez, 1989: 17). También se encuentra formando parte de las mineralizaciones de cobre de la zona onubense y en el Valle del Guadalquivir únicamente en la Sierra de Peñaflor [IGME (AU), 1972].

Más difícil es calibrar la influencia de esta minería en el período que estudiamos. Excepto en Huelva, donde se ha podido establecer una relación entre la explotación y distribución del mineral y los patrones de asentamiento (Ruiz Mata, 1989), el resto de la región no muestra indicios claros de una explotación importante de sus recursos mineros en esta fase (Domergue, 1990: 129-31), y la escasa estabilidad de los asentamientos hace pensar que, en cualquier caso, la minería no fuera sino una actividad estacional y la producción relativamente baja, si bien hemos de pensar que los patrones de producción y consumo de aquel momento debían diferir mucho de lo que hoy consideramos producción a gran escala.

Datos de inferencia sobre el peso relativo de esta metalurgia a nivel general los podemos extraer del volumen de material metálico correspondiente al Bronce Final en el Suroeste, considerablemente menor que en el Noroeste, donde sólo las más de setecientas hachas gallegas recogidas por Monteagudo constituyen más hallazgos que todo el conjunto suroccidental, y ello a pesar que allí el cobre es un material escaso. Por otro lado parece haber tenido una mayor atracción la extracción de oro, que puede ser la fuente de la acumulación de tesoros que se aprecia en la región (Perea, 1991). Existiendo placeres auríferos su explotación puede realizarse con relativa facilidad por una comunidad, con resultados satisfactorios a lo largo de campañas estacionales (Sánchez-Palencia y Pérez, 1989: 23).

Numerosas incógnitas subyacen a esta visión general y superficial. Por un lado no hay indicios de una explotación importante de la plata en momentos precoloniales (Ruiz Mata, 1989), a pesar de que se considera a ésta, y a los metales en general, como la causa de la atención de los fenicios por el Extremo Occidente (Frankenstein, 1979; Aubet, 1987) y que pudiera admitirse que la técnica de la copelación era ya conocida antes de la llegada de éstos (Aubet, 1990: 36-7), algo que, sin embargo, no es objeto de un consenso general, puesto que las evidencias arqueológicas se centran en la época orientalizante (Domergue, 1990: 146-47).

Por otro lado la acumulación de oro en el Suroeste tiene también diversas posibilidades de explicación, y aunque parece fácilmente asumible que fuera la sencilla explotación de los placeres auríferos locales donde tuviera su origen, Domergue (1990: 131) puntualiza que el énfasis en la aparición de tesoros áureos coincide con la aparición de oro y que ello tal vez esté en relación con la puesta en explotación de nuevas fuentes, como los placeres aluviales del Noroeste o la producción complementaria de oro en la zona onubense, como parte de una minería más orientada al cobre y luego a la plata. Sin embargo cabe destacar que ni en el Noroeste ni en Huelva aparecen testimonios arqueológicos de oro, sin embargo centrados en la Extremadura española y Portugal (Ruiz-Gálvez, 1989b: 48).

Vegetación, clima y suelos

Junto a la geología y para una valoración ajustada del potencial del Suroeste hay que contar con una visión siquiera general de la edafología y condiciones ambientales generales de la región.

Sin entrar en pormenores, el Suroeste como área abierta al atlántico presenta un clima de tipo marítimo muy matizado por la influencia continental y mediterránea (Vilá, 1983: 88-90). Por ello hemos de incluir a esta región dentro de la Iberia Seca, con precipitaciones inferiores a 600 mm. anuales y acusada sequía estival. Ello condiciona una vegetación típicamente xerófila y mediterránea, dominada por la asociación de encina (*Quercus ilex*) y alcornoque (*Quercus suber*), y en las zonas más altas y húmedas roble (*Quercus robur*) (Bauer, 1980: 95 y ss.).

Los suelos dominantes son también el tipo mediterráneo (Alonso, 1981), particularmente las tierras pardas meridionales y los suelos rojos mediterráneos. En el Valle del Guadalquivir, y sobre una litología predominantemente caliza, se desarrollan vertisoles y suelos intrazonales como los Rendziniiformes (*Ibidem*: 25). Los aprovechamientos de estos suelos son muy contrastados, y su potencial depende de toda una serie de factores como altura, pendiente y exposición, por lo que sólo se puede realizar una clasificación muy genérica de su aprovechamiento posible.

Así, las tierras pardas meridionales son suelos con cantidades escasas de humus y fácilmente erosionables. Si se encuentran en zonas llanas o de escasa pendiente son fácilmente laborables y aptas para cereal, a condición de mantener un abonado regular, necesario para su recuperación. Los largos barbechos son típicos. Si la pendiente es mayor y el laboreo más difícil su mejor uso es como tierra de pastos o forestal, desaconsejándose su puesta en cultivo por los escasos rendimientos (Mapa de Suelos, 1970). Los suelos rojos mediterráneos, más arenosos, permiten mejores resultados agrícolas, pero son igualmente proclives a la erosión y necesitan de un fuerte y continuo abonado (Alonso, 1981: 23).

Respecto a los suelos del Valle del Guadalquivir su potencialidad es muy superior para su uso agrícola, como ya recogen las fuentes (Plinio, H. N. XVIII, 21, 95), pues permiten labores intensivas y, en las zonas

donde es posible, excelentes resultados de su puesta en regadío. Pero su aprovechamiento actual es muy engañoso. En primer lugar el regadío de extensas zonas sólo se ha puesto en práctica en los últimos treinta años, por lo que el secano ha sido el marco dominante a lo largo de los siglos anteriores. En segundo lugar los suelos calizos del Valle del Guadalquivir, y fundamentalmente los de la campiña, son suelos pesados y con escasa capacidad de drenaje, por lo que necesitan por un lado de labores profundas para ser rentables y por otro tienden a encharcarse (Cruz, 1980: 39). Además sus altos rendimientos son consecuencia de una intensificación reciente, pues los estudios históricos demuestran que el sistema de cultivo al tercio (cereal-leguminosas-barbecho trabajado) sólo se impone en el siglo XIX (Cruz, 1980: 162-65) y hasta entonces predominaba el sistema bienal o de año y vez con barbecho limpio, con dedicación claramente cerealista, 80 por 100 trigo y 20 por 100 cebada y semillas (*Ibidem*: 56), junto con el importante espacio dedicado al olivar. Así pues el Valle del Guadalquivir ha sido también hasta épocas muy recientes una región de aprovechamiento extensivo de la tierra, con una notable importancia de la actividad ganadera, igualmente extensiva (*Ibidem*: 66-8 y 346).

En conjunto puede decirse que todo el Suroeste es un territorio en el que predominan estas formas de uso del suelo, entre los que se puede incluir la ganadería, cereales de secano y en zonas mejores viñedo y olivar, es decir, el típico policultivo mediterráneo (Braudel, 1988: 33). La vegetación natural permite, con un simple aclarado, la realización de tareas agrícolas a su sombra y proporciona alimento para el ganado en montanera. Esta es la esencia del sistema de explotación que conocemos como dehesa (Parsons, 1962; Campos, 1984) y que aún hoy domina el conjunto de la región.

Visto desde un punto de vista actual, esta forma de explotación resulta muy rentable (Ristori, 1991: 876) y siguiendo indicadores modernos de caracterización socioeconómica (densidad de población, renta per cápita, nivel de mecanización, etc.) junto a los propiamente agrícolas, el conjunto del Suroeste, excluido el valle del Guadalquivir, puede considerarse una zona deprimida (López y otros, 1983: 35). Ello a pesar de que todo el mundo coincide en señalar la adecuación del sistema de dehesa al medio ambiente de la región y su equilibrio ecológico (Mapa de Suelos, 1970; Alonso, 1981; Campos, 1984; Ristori, 1991).

La red fluvial y las costas

La red fluvial del Suroeste está compuesta principalmente por los tres grandes ríos que vierten al Atlántico: el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir, y sus sistemas de afluentes. Los tres presentan características diferenciadoras que influyen en el desarrollo de la vida humana a su alrededor.

El Tajo circula durante su recorrido extremeño profundamente encajado, hasta 200 m. bajo el nivel de la penillanura que lo circunda (Martínez de Pisón, 1977), por lo que en gran parte de su recorrido apenas crea zonas de vega aprovechables para el cultivo. Cuando lo

hace, como en las cercanías de Alconétar, el suelo es poco productivo por las características antes explicadas y se degrada rápidamente sin un fuerte abonado o largos barbechos (Mapa de Suelos, 1970).

Por el contrario, en la parte portuguesa el cauce se va abriendo y creando una fértil vega, que en el Ribatejo y los alrededores de Lisboa es reputada como una de las mejores zonas agrícolas de Portugal, de lo que da cumplida cuenta alguno de los viajeros posteriores (Münzer, 1991: 183). Respecto a sus cualidades de navegabilidad se limitaban hasta la zona de Santarém en la Edad Media (Daveau, 1980: 35) como puerto de mar, y algo más allá para embarcaciones de menor calado, haciendo sus condiciones naturales imposible la navegación más allá (Gaztañaga, 1989). Estrabón (II, 3, 4) hace extensivas estas cualidades de navegabilidad a otros ríos de la costa, como el Mondego, todos ellos poco trecho, aprovechando los estuarios durante la marea alta.

El Guadiana sí crea una vega más feraz en la zona extremeña, encajándose algo más después de girar al Sur en Badajoz. Fundamentalmente es rica la zona hoy irrigada por el famoso Plan Badajoz, y la comarca de la tierra de Barros, caracterizada por un suelo rojo mediterráneo y un aprovechamiento actual para viñedo y olivar fundamentalmente (Rodríguez, 1986; Alonso, 1981).

Su navegabilidad está reducida hasta la zona de Pulo do Lobo (Júdice, 1988) un poco al Norte de Mértola, que en la Edad Media era un activo puerto (Oliveira, 1968: 140-41), es decir, menos de un centenar de kilómetros, apuntando Estrabón (III, 2,3) que por barcos no muy grandes.

El Guadalquivir presenta características totalmente diferentes. Al excelente potencial agrícola de la amplia vega que le rodea, une unas muy favorables condiciones para la navegación. Aún sin contar con la reconstrucción de la costa antigua que después veremos, ya las fuentes nos dicen que el río eran navegable por barcos grandes de carga hasta Sevilla, hasta Alcalá del Río por barcos menores y hasta Córdoba por barcas de río, dejando a partir de ahí de ser navegable (Estrabón III, 2,3). Andrea Navajero, embajador veneciano que visitó España entre 1524 y 1526 (1983: 38), comenta que la marea subía hasta dos leguas más allá de Sevilla, y de hecho ésta es el único puerto fluvial apreciable aún hoy en España, si bien ya no con la importancia alcanzada en época colonial.

Pero son las costas las áreas geológicamente más activas y cambiantes desde el Bronce Final hasta ahora. Conocida es la existencia en lo que hoy son las marismas del Guadalquivir de un antiguo gran estuario (el Lacus Ligustinus) que permitía el acceso por mar a una amplia zona hoy en el interior y hacía costeras poblaciones como Lebrija, Las Cabezas o Hasta Regia. De hecho si se observa la reconstrucción realizada para este momento (Caro, 1989, véase también Shulten, 1984) se aprecia como los principales yacimientos se sitúan casi sistemáticamente al borde de la costa. Este hecho es importante tanto porque traduce una característica esencial de un poblamiento que en este momento se está reorganizando en la Baja Andalucía (Belén y Escacena, 1992) en relación con influjos en parte exteriores o relacionables con el comercio, y en este sentido tales poblados deben

considerarse como auténticas comunidades de paso que monopolizan los contactos exteriores y los proyectan concentrados y *traducidos* al interior (léase a las estelas en nuestro caso). Es en suma la misma interpretación que nos transmite Estrabón para la fundación de estas ciudades, así como Huelva y Faro entre otras (Estrabón, III, 2,5), enfatizando la importancia del comercio, al igual que podemos observar en otras vías de entrada comercial a Europa (Wells, 1984; Sherratt, e.p.).

La cuestión es extrapolable a otro gran estuario como es el mar de la Paja en la desembocadura del Tajo. La reconstrucción de esta desembocadura (Daveau, 1980) refleja como el mar penetraba más profundamente que en la actualidad, permitiendo la navegación marítima hasta Santarém hasta hace pocos siglos (Oliveira, 1968: 139-40) y probablemente algo más en tiempos perhistóricos, puesto que la misma autora considera que Vila Nova de São Pedro debe su importancia a haber sido en su época puerto de mar (Daveau, 1980: 32-5). Otro de los yacimientos beneficiados de esa mayor entrada en las aguas marinas sería el de Alcácer do Sal, en el estuario del Sado.

En estos dos grandes estuarios no puede dejarse de lado la explotación de una riqueza como es la sal, documentada en el propio nombre de Alcácer do Sal y conocida tal vez desde el neolítico en el Bajo Guadalquivir (Escacena y Rodríguez, 1988), y mucho después por diferentes viajeros en los alrededores de Lisboa (Münzer, 1991: 183) y Setúbal (Rau, 1984) y que también se explota en el Algarve (Vilá, 1983: 354).

La importancia de la sal como conservante de alimentos merece la pena ser resaltada, y la situación costera de estas salinas, al igual que algunas de las del Mediterráneo, como las de Villena (Ruiz-Gálvez, e.p.) abre una interesante posibilidad a su comercialización por la intensificación de las navegaciones, con la necesidad de abastecerse de víveres y conservar estos durante un cierto período, habida cuenta que los viajes tampoco debían realizarse ya bordeando siempre la costa y con escalas diarias, al menos en el Mediterráneo (Wagner y Alvar, 1989: 89-90). Además la sal ha sido un importante producto de intercambio en toda la fachada atlántica a lo largo de la Historia (Rau, 1984; Hocquet, 1987) y no son infrecuentes hallazgos de la Edad del Bronce relacionados con su explotación (Briard, 1985: 191) y presumible comercio (Jaanusson y Jaanusson, 1988).

Otros esteros menores también deben ser tenidos en cuenta, con respecto a los cambios en el paisaje costero. Es el caso de Huelva, cuya ría en la confluencia del Tinto y el Odiel era considerablemente más amplia y abierta que hoy (Caro, 1989; Díaz, 1989) y lo mismo debía suceder en las proximidades de la actual Faro, en el Algarve (Daveau, 1980: 31).

El Aprovechamiento humano:

Bases para una reconstrucción ambiental

El aprovechamiento tradicional de gran parte del Suroeste como pastos por medio del sistema de la dehesa, puede servir de útil punto de partida para una reconstrucción adecuada del medio ambiente en que se produjeron los fenómenos que deseamos estudiar. La dehesa

es, como ya vimos, un sistema de aprovechamiento mixto del suelo, aprovechando sus cualidades naturales y el arbolado natural, en el que una pequeña parte del suelo se dedica a la agricultura, en gran medida para producir piensos y plantas forrajeras para alimentación del ganado. El resto se dedica a pastos, complementados por el alimento producido por los frutos del arbolado natural, las bellotas de encinas y alcornoques. Campos Palacín (1984: 100-1) analizando una explotación tradicional contemporánea calcula que sólo se rotura un 37 por 100 de la finca destinada a dehesa, siendo las rotaciones cuatrienales, dado que no se practica el abonado y es necesario un largo barbecho para que la tierra recobre su fertilidad. Los cultivos se limitan a las áreas más fértiles y fáciles de trabajar, mientras el resto de la dehesa sólo se poda (para mantener alta la producción de bellota que es el alimento del ganado de cerda en montañera) y limpia de matorral y malas hierbas. El terreno cultivado se divide en cuatro hojas, de las que una se planta con 1/3 de trigo y 2/3 de cereales-pienso para el ganado, otra se deja en barbecho blanco, esto es, se rotura pero no se siembra, y las otras dos ni siquiera se roturan. En resumen, el área destinada a cultivo cada año no supera el 10 por 100 de la dehesa y los pastos permanentes alcanzan más del 80 por 100.

Se trata de un sistema adaptado a suelos que serían escasamente productivos sin un constante abonado y que, sin embargo, pueden producir suficiente alimento para cantidades apreciables de ganado, siendo éste, según el espacio y la calidad de los pastos en que se desarrolle el sistema, bovino, ovino o porcino. La capacidad de sustentación de una población en este régimen se calcula aproximadamente en 0,25 hab./ha (25 hab./km²) (Campos, 1984: 204). Estos datos casan bien con los que ofrece aún el Censo de 1970, en el que la población de la provincia de Cáceres apenas rebasaba los 23 Hab./km² (Censo, 1970: 43-5) y una tasa similar presenta el Sur de Portugal (Oliveira, 1983: 18).

Sin embargo, las posibilidades de contrastación que poseemos con datos palinológicos son muy escasas, sobre todo en comparación con lo que sucede en el Suroeste (López, 1986; Rivera, Obón y Asensio, 1988) y el Noroeste (Aira y Vázquez, 1985; Vázquez y Aira, 1988; Figueiral, 1990) donde estos aspectos están relativamente mejor estudiados. La escasez de excavaciones influye en un desconocimiento de la orientación económica de lugares concretos, por lo que hay que remitirse a generalizaciones y extrapolaciones cuya asunción global es, a menudo, problemática.

En resumen podemos contar con datos paleoambientales directos para la región sólo en tres puntos, pero antes de analizarlos conviene decir que uno de ellos apenas nos proporciona datos que podamos generalizar por sus características, y que todos ellos resultan ser extremos en su localización geográfica, lo que también dificulta su aplicación a amplio nivel. Los análisis con los que contamos son:

1. El realizado para la zona de Alpiarça (Kalb y Höck, 1988).
2. Los resultados de Lagoa Comprida en la Sierra de Estrella (Figueiral, 1990).

3. Los análisis de la Laguna de las Madres y de El Acebrón en Huelva (Stevenson y Moore, 1988; Stevenson y Harrison, 1992).

Asumiendo sus limitaciones, en conjunto permitirían ratificar que el paisaje de época protohistórica debió ser bastante similar al actual, sin rasgos característicos de mayor humedad o sequedad, pero con claros indicios de aumento de la actividad antrópica en la degradación del medio, al igual que se aprecia en el Noroeste peninsular, y particularmente en el Norte de Portugal (Figueiral, 1990: 112).

En el caso de *Alpiarça* los resultados de los análisis nos deben prevenir contra la reconstrucción muy literal del paisaje antiguo como el actual. En efecto la zona del Ribatejo, actualmente una de las regiones agrícolas más productivas de Portugal, fue en época prehistórica frecuentemente anegada por las aguas y convertida en una marisma poco aprovechable para el uso o asentamiento humano, además de foco de enfermedades palúdicas. De hecho este es un proceso común a muchas zonas de ribera, no sólo las litorales, y cuyo completo dominio no se ha conseguido hasta épocas bien recientes (Braudel, 1988: 24-5).

Lagoa Comprida, por su parte, es una zona de montaña, a una altitud de unos 1600 metros, por lo que los datos allí recogidos deben tomarse en consideración con las precauciones necesarias, teniendo en cuenta el carácter general de tierra baja que distingue al Suroeste. Dos sondeos realizados en puntos distintos y con dataciones de $C14$ de 1330 ± 70 a. C. y 730 ± 80 a. C. (3280 ± 70 BP y 2680 ± 80 BP; no se indica referencia ni calibración), proporcionaron una vegetación predominantemente correspondiente a un bosque de quercus, que en el sondeo 1 alcanza el 70 por 100 del total, con escasa importancia del estrato herbáceo (Figueiral, 1990: 107-8).

Igualmente los análisis de *Huelva*, al borde casi de los antiguos estuarios del Guadalquivir (El Acebrón) y del Tinto-Odiel (Laguna de las Madres), deben enmarcarse en su ámbito concreto antes que generalizarlos a una amplia región, sobre todo en lo que se refiere al posible cultivo o al menos cuidado intencional de vides silvestres desde fines del v –inicios del iv milenio a. C. (Stevenson y Moore, 1988: 358-9), las fechas más antiguas que poseemos para la Península, incluso comparadas con la costa mediterránea (Montes y Rivera, 1990).

Por otro lado su interés radica en la interpretación que de los resultados realizan los autores. Según ellos, el aclarado intencional del bosque de *Quercus* natural se habría iniciado en el Calcolítico y proseguido durante la Edad del Bronce, creando una forma de dehesa simple, en la que ya están presentes cultivos herbáceos intencionales. Sería en época posterior, pero aún prehistórica, cuando este aprovechamiento de dehesa se complique y llegue a adquirir características similares a las de las explotaciones actuales.

En cualquier caso, el aprovechamiento genérico debió ser extensivo, pues en buena medida lo ha sido en toda la región hasta el siglo pasado, lo que permite deducir que sostenía suficientemente a una población que hasta hoy no supera los límites teóricos de sustenta-

ción. Además la roturación de amplias zonas sólo se produce a partir de las desamortizaciones del siglo pasado, cuando las propiedades eclesiásticas y los pastos comunes son puestos en manos privadas. Terán, apoyándose en datos de Cabarrús, estima que a fines del siglo xviii no se dedicaban al cultivo más que unos ocho millones y medio de hectáreas, en tanto hacia 1950 la cifra era de veinticinco millones (Terán, 1952: 12), y casos bien estudiados como el de Carmona (Cruz, 1980), en una zona claramente agrícola, confirman esa impresión.

LOS CAMINOS Y LA HISTORIA: LA RED VIARIA DEL SUROESTE

Los caminos, además de organizar y dirigir el movimiento de las personas y los objetos son también las vías por las que penetran ideas e influencias de todo signo, y por las que se transmiten éstas en el interior de un territorio. El conocimiento de la red viaria de una región nos pone así en contacto con sus patrones de asentamiento, que en buena medida la condicionan, pero también con la importancia de determinadas áreas en ciertos momentos, mientras en otros la orientación general cambia y otras regiones toman el relevo y reorientan el conjunto de los caminos.

Pero a la hora de empezar a hablar propiamente de los caminos del Suroeste hemos de hacer una serie de precisiones. En primer lugar la reconstrucción exacta de los caminos prehistóricos es una tarea prácticamente imposible, al menos en el sentido que se reconstruye el trazado de una vía romana o posterior. Haya sido cual fuere la forma en que estaban formalizados estos caminos, por ejemplo a partir del trazado de ramales paralelos, como hoy siguen muchas vías pecuarias, en vez de vías únicas, el caso es que generalmente no han dejado trazas que permitan seguirlos con claridad. Este hecho se agrava en el Suroeste por nuestro desconocimiento del patrón de asentamiento, puesto que ni siquiera podemos asegurar cuál era la orientación principal de los caminos del momento.

En segundo lugar parece innegable que en cualquier caso tales caminos debieron discurrir por determinados puntos de obligado paso por las características del relieve. Estos nudos pueden reflejarse a lo largo de la secuencia histórica, puesto que han seguido forzando el paso a través de ellos. Son por tanto los puntos de más fácil control de la red, y donde esperaríamos encontrar indicios más claros de su existencia.

A partir de estas constataciones básicas, podemos trazar un plan de estudio:

1. Analizar la evolución de la red viaria descubriendo los puntos nodales de la misma.
2. Aplicar ese conocimiento al registro arqueológico que poseemos y deseamos estudiar, pues es inevitable que a lo largo de las vías utilizadas en cada época se concentren restos de ese paso (Martín, 1990: 344).

El primer punto es el que vamos a desarrollar aquí, y debemos empezar por los estudios que se han dedicado

a posibles vías prehistóricas, como es el caso de la denominada falla de Plasencia (Alvarez y Gil, 1988). Alrededor de esta fractura que en dirección NE-SO. cruza la Extremadura española y parte del Alemtejo portugués, parecen disponerse la mayor parte de los hallazgos del Bronce Final y el Período Orientalizante de la región. Ciertas consideraciones caben sin embargo a este planteamiento.

Por un lado la falla crea un camino natural a lo largo de su recorrido, abriendo el valle por el que discurre el Jerte, cerrado al Norte por el Puerto de Tornavacas y al Sur por la ciudad de Plasencia, creando el vado y la vega de Alconétar, prolongándose hacia Albuquerque y Estremoz. Lo que no queda muy claro es que zonas o lugares une este camino natural, pues ninguna de las dos zonas directamente unidas por él —la Meseta Norte en el sector abulense y el Alto Alemtejo portugués son en estos momentos centro de ningún impulso cultural detectable arqueológicamente en los materiales por los autores recogidos.

Por otro lado la localización sobre el mapa de los hallazgos no siempre coincide con su posición real, por lo que el resultado final no es tan claro como el expuesto, y en cambio elementos que se consideran lejanos, como algunas estelas (Alvarez y Gil, 1988: 313), bien pueden situarse con similar grado de cercanía al empleado para el resto de los materiales. Por otra parte sólo tres de los veinticinco hallazgos orientalizantes se encuentran en relación directa con la falla, lo que poco ayuda a argumentar sobre la importancia de la vía en este período.

No por estas críticas debe desdeñarse el planteamiento de partida, y la facilidad de movimiento creada por la falla sin duda fue utilizada en época protohistórica, pero seguramente con más énfasis en otras direcciones, cruzando sus puntos más destacados, como Alconétar o Aliseda, o los puertos creados al Norte, como el de los Castaños o Tornavacas. En cualquier caso este ejemplo de primera mano es suficientemente ilustrativo de las dificultades de una aproximación a los caminos prehistóricos.

El siguiente escalón en nuestro estudio lo constituye la red de vías romanas (Roldán, 1971; Fernández, 1986; Uriol, 1990), centrada en el papel siempre estelar concedido a la Vía de la Plata y al lugar central de Mérida como capital del Occidente peninsular. En el Valle del Guadalquivir vemos iniciarse lo que será una constante, el trazado de la vía entre Sevilla y Córdoba a través de la campiña y no siguiendo de cerca el curso del río, con lo que lugares como Carmona y Ecija quedan en plena red viaria. Por otra parte la relación entre Extremadura y Andalucía se establece desde las terminales Sevilla y Mérida para la vía de la Plata y entre Córdoba y Medellín para el acceso más oriental.

El estudio de las vías árabes parte del conocimiento de la red viaria romana, reutilizada siempre que fue posible (Hernández, 1959, 1961, 1967). A falta de estructuras genuinamente árabes en el Suroeste, la reconstrucción se ha realizado siguiendo la información proporcionada por las crónicas árabes y cristianas de la reconquista, lo que conforma una geografía militar en la que los puntos nodales (puertos, puentes o vados, fortalezas) son de singular importancia. Además ha de tener-

se en cuenta que ahora y durante gran parte del período es Córdoba el centro de todos esos caminos. Con todo los resultados no son siempre asumibles dada la incertidumbre que rodea el uso de uno u otro accidente geográfico como referencia en el paisaje, hoy difícil de reducir topográficamente a un punto concreto del mapa.

En cualquier caso hay que resaltar la importancia adquirida por determinados puntos, como el Valle del Zújar, que constituye un paso rápido desde Córdoba hacia Extremadura y todo el Noroeste, por lo que es significativo que se haya conservado toponímicamente el nombre de vado de Córdoba a uno de los principales puntos de cruce del curso del Zújar. También Badajoz como fortaleza y zona de paso es reiteradamente mencionada. En el Tajo aún hoy conocemos con nombres árabes zonas de paso tan significadas como Alcántara, Alconétar, Almaraz o Azután entre otras.

Es interesante también, al hilo de la reconstrucción viaria apreciar como el estado de determinados caminos induce a su utilización o no en determinados momentos, al realizar ciertas campañas militares o simplemente al planear un viaje. En este sentido contamos con numerosos relatos de viajeros y referencias de movimiento por la región que documentan por un lado la preferencia por las vías de esta zona y por otro la fragosidad y aspereza de otras. Entre las primeras podemos citar un viaje directo realizado desde Estella a Sevilla en 1352 (Serrano-Piedecasas, 1981), para el que se prefiere, en vez del camino que hoy consideraríamos lógico (por Logroño, Soria, Guadalajara, Madrid y la Mancha para llegar a Andalucía por Córdoba), atravesar primero hacia el Oeste la Meseta Norte y enlazar en Valladolid con lo que fue la Vía de la Plata para llegar a Sevilla a través de Extremadura, lo que sin duda, siendo un viaje rápido y directo, tiene relación con la facilidad de los caminos y su estado, y por tanto con el aprovechamiento diario en distancia recorrida. Entre las segundas no son pocos los que se quejan de lo duro de caminar por zonas montuosas de la región. Así Navajero (1983: 32) después de visitar Guadalupe descende hacia Sevilla por las Villuercas y zona montañosa circundante, afirmando que los días de marcha eran duros y penosos, haciéndosele muy superior la distancia que creía haber recorrido a la real. El tramo que describe es el comprendido entre Guadalupe y Campanario, que vadea el Guadiana por Orellana la Vieja y posteriormente el Zújar. En general esta es una crítica que repiten los viajeros por España a lo largo de toda la Historia (Ford, 1988: 38 y ss.; Romero, 1991: 782).

Para el análisis de la red moderna de caminos en la región debemos basarnos en los repertorios de caminos como el realizado por Pero Juan Villuga en 1546 (Uriol, 1990). Es de reseñar que se trata de caminos rápidos, pensados inicialmente para el movimiento de postas, por lo que es bien notorio el escaso interés en la región, surcada por escasos caminos, en general tan tradicionales como la Vía de la Plata. Son interesantes porque permiten el cálculo de distancias y tiempo invertido en los viajes, magnitudes que hoy se nos escapan acostumbrados a los desplazamientos rápidos.

Finalmente, una visión de la evolución de la red viaria del Suroeste no quedaría completa sin referirnos a la

importancia adquirida, a partir del siglo XIII al menos, por las vías pecuarias. La mayoría de las grandes cañadas organizadas por la Mesta realizan gran parte de su recorrido y concluyen en el Suroeste, y más concretamente en la Baja Extremadura, Valle de la Alcuía y Valle del Guadalquivir (Bellosillo, 1988; García, 1990).

La visión que poseemos de las cañadas, en gran medida hoy en desuso, procede principalmente de los registros realizados durante el siglo pasado, ya desaparecida la Mesta, por lo que siempre se ha cuestionado su valor a la hora de reflejar las vías pecuarias realmente en uso de la Edad Media y quizás aún antes. La polémica alrededor del valor arqueológico que pudieran tener las cañadas se ha desarrollado fundamentalmente en el ámbito anglosajón, y directamente relacionada con el período megalítico (Higgs, 1976; Chapman, 1979; Davidson, 1980; Walker, 1983), aunque es un tema recurrente en la investigación arqueológica.

Sin embargo, y dejando parcialmente de lado la discusión en torno a la existencia coyuntural de las cañadas como fenómeno de Reconquista (Chapman, 1979), o su entronque con un proceso natural del ámbito mediterráneo (Davidson, 1980), lo que aquí nos interesa son los recorridos que realizan las vías pecuarias en el Suroeste y la coincidencia de sus terminales con unas áreas en las que encontramos la mayor concentración de estelas. Obviamente las cañadas presentan un recorrido principal Norte-Sur desde los pastos de verano de la Meseta Norte a los de invierno de Extremadura. En ese recorrido franquean por varios puntos el Sistema Central, el Tajo, los Montes de Toledo y el Guadiana, en todos los cuales puertos y vados o puentes representan los puntos nodales de la red. Además las necesidades del ganado implican tanto que las rutas sigan zonas de mínima pendiente y dificultad, como que a lo largo del camino existan zonas de pasto para alimentarlo. Puertos y vados se han utilizado como aduanas fiscales para el pago de impuestos, precisamente por ser de obligado paso (García, 1990), pero ya Alfonso X situó centros recaudadores en las terminales del recorrido; Capilla, Alcocer y Benquerencia, en 1253, veinte años antes de la creación oficial de la Mesta (Bishko, 1965: 215).

Resumiendo, el aspecto más interesante reside en el análisis de los puntos nodales de la red que vemos repetirse a lo largo de toda la secuencia. Fundamentalmente puentes o vados y puertos de montaña, algunos de ellos claramente controlados desde momentos prehistóricos. Ese puede ser el caso de Medellín, controlando una importante ruta y que explica su personalidad en la secuencia regional, sin duda también por ser el único yacimiento excavado y que ha deparado una estratigrafía para época protohistórica. Otro tanto puede pasar con los poblados alrededor de Badajoz, algunos bastante inestables y efímeros (Enriquez, 1989-1990 y 1990).

Un caso claro de lo que supone este control lo encon-

tramos para fechas más modernas en el control ejercido sobre la zona de paso del Tajo originalmente creada por el Vado de Azután. Aunque el interés de controlar el paso o al menos de marcarlo simbólicamente puede remontarse a época megalítica (Bueno, 1990), al igual que sucede con otros vados importantes del río (Galán y Martín, 1991-92), es a partir de la Edad Media cuando adquiere una importancia contrastada. Ello se debe en primer lugar a que es un punto de paso para el ganado que se desplaza a los pastos de invierno de Extremadura y Andalucía, y también para las mercancías que se mueven al Norte y al Sur en la misma ruta. Tras un primer momento de paso libre tras la Reconquista, su primer control lo ejerce un convento radicado en las cercanías, hasta que en el siglo XIV el arzobispo de Toledo decide la creación de un puente, que con el tiempo llevará su nombre (Jiménez, 1954). La razón esgrimida por el Arzobispo es la piadosa intención de facilitar el paso de los peregrinos a Guadalupe, construyendo un cruce seguro, pero sin duda también controlar el flujo de riqueza que por el lugar pasaba.

El puente es un lugar de control y pago de peaje (García, 1990), además de permitir la instalación a su alrededor de una próspera villa, que frente a la dedicación agropecuaria de las que le rodeaban y beneficiada de franquicias de todo tipo concedidas por el arzobispo, se consolida como lugar de mercado a nivel regional. Que se trata de un hecho intencional lo demuestra que el arzobispo Tenorio, al fundar la Villafranca del Puente no le concediese término municipal alguno, salvo el aprovechamiento en común de montes y pastos con la vecina Alcolea, pues sus habitantes no debían ser gentes del campo, sino más bien personas interesadas en mercaderear aprovechando las franquicias concedidas al lugar (Jiménez, 1954: 205 y 207). De este modo asistimos a la creación de una comunidad de paso en el más puro sentido del concepto (Hirth, 1978) que pone en contacto el Norte cerealista y minifundista, de reconquista antigua, y las nuevas tierras del sur, caracterizadas por el latifundio, el aprovechamiento ganadero y el uso extensivo de los pastos extremeños y manchegos (Bishko, 1965). Formas iguales de control son las redes de castillos sobre el Tajo y de alcazabas en el Guadiana, reflejo de la importancia que para el control del territorio tiene el control de sus accesos.

El análisis de la red viaria del Suroeste refleja así la existencia de ciertas facilidades de paso y como por allí discurren importantes vías que vinculan la región con el Noroeste y el Noreste. En el Valle del Guadalquivir los pasos hacia Andalucía Oriental y el Sureste también se ven favorecidos por las depresiones interiores de las cordilleras Béticas. Por otro lado esa red está sometida al control de una serie de puntos de paso obligados entre las cuencas y a través de los principales ríos, si bien estos pasos son difíciles sólo en ocasiones excepcionales.